

Ricardo Dávila Silva

“Portales”

(POR DON FRANCISCO A. ENCINA)

Ensayo escrito a indicación de la señora CAROLINA GUZMAN DE VERGARA, y en homenaje a su amplia cultura y refinado talento.

Vive la historia en continuo proceso de transformación. Nuevos documentos, noticias, anécdotas antes ignoradas, una más sistemática ordenación de todo ello, otros más avanzados puntos de vista, la natural experiencia que traen los años y que permite juzgar con mayor exactitud los fenómenos políticos y sociales, una más ahondada psicología de los personajes históricos que permite discernir los últimos motivos de las acciones humanas, la comparación con el desenvolvimiento de otros países: todo esto viene a influir poderosamente en la inteligencia y apreciación de la historia. Esta resulta ser una como tela de Penélope, deshecha cada noche para reanudarla a la siguiente mañana. Merced a esta constante renovación, el material histórico sufre una a manera de decantación y refinamiento que aspira como desiderátum supremo a presentar el desarrollo integral de la especie humana mirada en la totalidad de sus elementos constitutivos. Entre esos factores de la perpetua refacción histórica, de intento he dejado para considerarlo en especial, el que más íntimamente influencia y orienta y esclarece la historia: la concepción filosó-

fica y social que ella merece a los diversos observadores, les forma un criterio y les sugiere un juicio. No es la misma la historia vista por un optimista o un pesimista, por un filósofo, por un estadista, o por un sociólogo, por un conservador tradicionalista o por un radical avanzado, ni la historia escrita por cualquier partidario de estas doctrinas será la de quienes se limitan a narrar escuetamente los hechos externos sin inquirir sus causas remotas y recónditas.

En esta nación chilena, a la que no sin motivo han llamado pueblo de historiadores, tales fluctuaciones de criterio y de tratamiento se han observado como por doquiera. Hemos tenido historiadores de variadas índoles e ideologías, de los más diversos credos políticos, religiosos y filosóficos; cada uno de ellos ha contemplado desde distinto ángulo el fenómeno histórico, poniendo en su obra egregias cualidades de investigador, el máximo esfuerzo de imparcialidad y un método y sabia distribución de las materias que hacen de ella un valioso monumento histórico y literario.

Entre esas múltiples variedades de la historia faltaba—parece—una historia de Chile escrita amplia y plenamente con el criterio del sociólogo, del positivista que busca la razón de ser de ella en la consideración de los fenómenos sociales y en la repercusión de éstos en la psicología individual, una historia reflejo de la actividad mental, de las concepciones económicas y positivistas que hoy dominan el campo de las ciencias. Por debajo de los hechos públicos, exteriores, cuyos enlace y explicación no siempre se ven ostensibles, sentíase la necesidad de un relato que descubriese las fuerzas ocultas, los motivos secretos, las soberanas leyes que rigen aquellos fenómenos y que por su propia amplitud y universal penetración pasan inadvertidas del común de los observadores. En gran medida la historia se forja en el alma de algunos individuos privilegiados que, conociendo más o menos nítidamente esas leyes, saben aplicarlas y orientarlas hacia un determinado fin.

Sentíase, pues, la necesidad de una historia narrada con esta finalidad de análisis psicológico de los protagonistas y de explicación de su influencia social, historia en que acudieran a refundirse los anteriores relatos y a coronarse con una filosofía, una descripción sintética de nuestro desenvolvimiento histórico, a infundir, como si dijéramos, un alma en el cuerpo de nuestra existencia nacional.

La magna empresa, ardua, llena de escollos y dificultades, ha tentado a uno de nuestros más preclaros pensadores, espíritu de vasta cultura y alto patriotismo. Distinguido sociólogo, y financista a quien debe nuestra ciencia económica trabajos sólidos y de profunda erudición, de autoritativa experiencia; don Francisco A. Encina acaba de publicar, como prolegómenos a una historia de Chile, un extenso estudio acerca de don Diego Portales. La persona del inmortal Ministro aparece así en el medio de nuestra existencia nacional como simbolizándola entera en sus orígenes, culminación y decadencia. Cual geógrafo puesto a levantar el plano de un país y que se instala en la más alta cumbre cordillerana para desde ahí seguir el encadenamiento de las montañas, sus rumbos, elevaciones, y valles y gargantas que los separan, así el autor se sitúa en una de las cimas de nuestra historia para contemplar el pasado colonial de Chile, para descubrir los antecedentes y peripecias de la independencia que vienen a desenlazarse en la mano potente de Portales y analizar la obra genial y grandiosa del Ministro hasta que ella misma viene en 1891 a naufragar en la tempestad de la guerra civil. Es la evolución de esa historia, con las causas íntimas de psicología individual que la determinan, lo que el señor Encina ha querido describir, y a la vez coger el fruto de esa enseñanza, de esa experiencia incomparable. Lo ha hecho en el concepto de que Portales marca una enorme y transcendental desviación en el curso de ese proceso evolutivo, preconstituída, predeterminada por factores políticos, económicos, y, antes que éstos, por debajo de ellos, raciales. Entiende el señor Encina que sin cabal cono-

cimiento de Portales y su tentativa, unos sesenta años de historia patria—seguramente los más importantes y normativos—quedan inexplicables, faltos de base y de lógicos resultados. Para él, Portales, como un Jano bifronte, mira a la vez el pasado y el futuro a fin de preparar éste con la experiencia derivada de aquél. De ahí el esmero, la minuciosidad de este libro, que tanto tiene de prolija biografía como de vasto fresco histórico en cuyo centro se yergue, como inmoble estatua de granito, la figura imponente y misteriosa de Portales.

No es ésta una obra improvisada, escrita en súbito raptó de admiración y entusiasmo. El autor nos advierte que la tenía ya redactada en 1903. Así, pues, desde hace treinta y dos años la ha guardado en su taller, puliéndola, rectificándola, completándola; obra, por tanto, de una larga, sabia y concienzuda paciencia, concebida en todo el fecundo vigor de la juventud y publicada en la plena madurez de un vigoroso talento.

El libro es, en la realidad material, todo un monumento, dos gruesos volúmenes con 18 capítulos y cerca de 900 páginas. En su sintética obra el autor se ha trazado un plan sencillo, neto y metódico, gracias al cual puede abarcarse fácilmente el tema entero. Es indispensable exponerlo para apreciar y valorizar sus méritos y justificar algunos reparos que nos atreveremos a proponer.

Empieza el señor Encina trazando en breves páginas un cuadro del desconcierto y anarquía que se produjeron en América al inaugurarse la independencia, el florecimiento de los caudillos y tiranuelos militares, la falta absoluta de autoridad y de respeto, el desenfreno cruel de la soldadesca, el debilitamiento de todo resorte de moralidad por defecto de represión y castigo de los delitos.

Las mismas causas motivaron en Chile esa disolvente anarquía, confusión en las ideas de los jefes, criminales codicia y subversión en el pueblo y en las tropas. Con mucho pormenor indica y juzga el autor esas ideas, describe los varios ensayos de regíme-

nes imitados, sin criterio, de otros países, hasta que la revolución de 1829, con sus episodios de Lircay y Ochagavía, llevan al colmo la disgregación política y social. Parece perdida aún la noción misma de patria, el territorio está dividido y disputado como los jirones de la legendaria túnica, hundido el país financiera y socialmente, sin que se divise la autoridad ni de donde pueda surgir, cuando aparece en la escena don Diego Portales, y el panorama cambia como por obra de magia. Se vienen a la mente el bello verso virgiliano:

«Quos ego!.. sed motos præstat componere fluctus»;

el nuevo dios que llega se impone a la tempestad y la domina, calma las encrespadas ondas y con omnipotente *fiat*, al caos hace suceder el orden, robustecerse la autoridad y la confianza. Dos extensos y penetrantes capítulos, (4 y 5)—de seguro los más nuevos y originales del libro—consagra el autor a delinear la personalidad psicológica de Portales, su temperamento, carácter, costumbres y vida privada, y a describir en seguida la mentalidad y naturaleza de su inteligencia y facultades intelectivas, la formación y campo de sus ideologías, y por fin lo que llamaré su embriología política y social. En este capítulo dominante de la obra instituye el señor Encina comparaciones con otros maestros de la política y se empeña en descubrir cualidades étnicas y atávicas en el numen de Portales, cuyas deficiencias de estadista señala de paso. Descrito así, con esmero y proligidad incansables, el personaje que a esta hora toma en sus manos la suerte de la república, sigue el autor historiando en detalle los dos ministerios que encabezara su biografiado, las luchas intestinas y los preparativos de la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. Esta última nos vale un retrato muy amplio y completo del Protector Santa Cruz, a quien pone en muy imparcial paralelo con Portales. Esa campaña despierta los adormecidos fermentos de revueltas; se tramán varias conspiraciones que el

gran Ministro sofoca y vence; sólo que, valeroso y confiado, no logra eludir la traición de Vidaurre, el motín de Quillota y su cruenta muerte en el Barón. El señor Encina, con la fuerza y la inflexible lógica de un juez del crimen, muestra cómo, por fatal tendencia de los ánimos, por las ambiciones que germinaban a espaldas del Ministro, llegó a concretarse la idea de asesinarlo, a convertirse aquel crimen en una necesidad política de los complotados; analiza a fondo el alevé homicidio, proyectando sobre él deslumbradora luz de testimonios, noticias e inferencias que fuerzan a aceptar todas sus conclusiones. Con lucidez y sobriedad dramática narra en impresionantes páginas la muerte del gran patriota y el castigo impuesto a sus victimarios. Los capítulos que siguen, cardinales también porque encierran el juicio del autor acerca de la obra portaliana, señalan con profundidad de concepto las bases sociales de ella, examinan esa propia creación política y estudian las circunstancias de toda índole que convirtieron en fecunda realidad las lucubraciones de Portales. El autor lo sigue en estas múltiples, abrumadoras tareas, comenta sus actos y propósitos, los explica y defiende. Y como el juicio acerca de un grande hombre lo empiezan en vida de él sus contemporáneos, el señor Encina complementa el suyo dedicando los dos últimos capítulos de su historia a recoger y glosar la tradición de respeto y prestigio que desde los primeros tiempos aureoló a Portales, forjador de un alma nacional con concepto de patria. Constituye esta noción la piedra angular de la República entre 1830 y 1891; y cuando ella es socavada y arrastrada lejos por el turbión de la corrompida política y las bastardas codicias, el país decae, se llega al abismo de la incoherencia y el desgobierno, se hace imposible una autoridad fuerte, honrada, fecunda y progresista como la soñara Portales. Que es la tesis que el señor Encina se propone demostrar.

Tales son, en breves líneas, el plan y contenido de este poderoso libro en que se aúnan las cualidades del historiador, el estadista y el sociólogo, en que las enseñanzas de la política

y la económica se añaden a las perspicaces intuiciones del psicólogo, a los rígidos y severos raciocinios del dialéctico y a las dilucidaciones de hechos del historiógrafo, escrupulosas, autoritativas y de magistral imperio.

Descrito así este gran cuadro histórico, y con todo el respeto y simpatía que merece el talento del autor, llega ya la hora de juzgar su obra, exponiendo algunos de sus muchos méritos y a la vez señalando algunas de las que pueden estimarse como deficiencias de su trabajo. Al efecto estudiaremos por su orden: a) las fuentes utilizadas en la obra; b) la narración histórica misma, con los nuevos hechos y apreciaciones traídos a la historia; c) las teorías y doctrinas propuestas y defendidas por el historiador: y finalmente; d) el valor de arte que en su libro ha infundido el señor Encina.



a).—Uno de los elementos que mejor caracteriza y define el espíritu de una historia es la índole de las fuentes usadas por quien la escribe. El modo cómo se sirve de ellas, la crítica a que las sujeta, la importancia que les concede, ponen sello indeleble a su construcción histórica. Son las fuentes las bases en que descansa todo relato fidedigno; de su naturaleza y valer, de su veracidad e imparcialidad, de su correcta hermenéutica depende el crédito que otorgamos al historiador y a su narración. Huelga decir que el señor Encina, penetrado como hombre de ciencia y de doctrina de esta absoluta necesidad, ha ocurrido a las más seguras y completas fuentes de información. Documentos públicos de todo género, actas oficiales, notas de la más varia especie, comentarios y noticias de prensa, relatos de los precedentes historiógrafos, correspondencias, dichos y anécdotas de particulares, actuaciones judiciales, testimonios de toda clase de individuos: nuestro autor todo lo ha puesto a contribución y lo ha fundido en su obra después de someterlo a severa crítica. Pero en este caso, y por in-

signe fortuna, existía a la mano del historiador la más incomparable fuente de noticias que pudiera desearse, la propia correspondencia de Portales, maravillosa de vida y espontaneidad, el más vívido, auténtico e impagable retrato de su alma compleja, violenta, llena de contrastes, apasionada a veces hasta la grosería, en ningún momento canon de refinamiento y decencia, voluble hasta lo novelesco cuando no estaban de por medio los intereses de la política o los supremos destinos de la patria. Estos centenares de cartas portalianas facilitaban enormemente la tarea de su biógrafo, no sólo para entrar hasta el fondo en el alma del enigmático personaje sino para conocer en los mínimos detalles sus actuaciones, propósitos e ideales. No ha necesitado el señor Encina discutir la fe y sinceridad de esa enorme correspondencia: está a la vista, se la siente de una espontaneidad incoercible, a veces despiadada y feroz. De modo que cuando el historiador se atiene exclusivamente a ella, a su literal tenor, el retrato que nos traza de Portales, resulta fiel y con toda la energía de una vida febril. Otra cosa es cuando saliéndose de la palabra misma de Portales, se preocupa de interpretarla, porque entonces, como adelante veremos, ya no es tan seguro intérprete del pensamiento portaliano, entonces el espíritu de sistema, el prejuicio político o científico deforma las concepciones del gran Ministro. A este respecto existe un punto que hubiera convenido esclarecer y dejar en meridiana claridad: el de la clase y profundidad de la ilustración de Portales, como pueden inferirse de sus cartas. Había un juicio crítico literario y psicológico que emitir; cumplía manifestar que esa cultura fué muy rudimentaria, fragmentaria, adquirida ocasionalmente y sin método. Portales aprendió mucho, casi todo, en la vida, y muy poco en los libros. Había que afirmarlo categóricamente, porque esto caracteriza mejor que nada al prócer.

Varias veces en el curso de su relato invoca el historiador el testimonio de oídas de su señor padre, don Pacífico Encinas (1846-1900) y el de su abuelo don Francisco; al final del libro les

consagra extensísima nota para presentarlos al público y dar noticias de sus preocupaciones históricas y del mérito y veracidad de los datos que por su conducto ha recibido. El hecho de que nuestro autor apele incondicionalmente al testimonio de ellos da a esas noticias grandísimo valor probatorio. Mas, para los lectores del porvenir, quizás no hubiera sido superfluo suministrar algunos detalles más acerca de ambos caballeros. Sabemos, no más, que don Francisco fué amigo y partidario de Portales. Pero, ¿fué plenamente imparcial, tuvo las condiciones de hombría moral necesarias para proclamar la verdad? ¿fué capaz de discernirla nítidamente? ¿hasta qué punto anduvo interiorizado en las actividades de Portales, y tuvo con éste la intimidad suficiente para penetrar a fondo los designios del Ministro? ¿Qué puestos públicos servía? Estas son las preguntas, plausibles en cierta medida, que se harán los investigadores futuros y a las que hubiera convenido anticipar respuesta, tanto más cuanto que los tópicos sobre que informan ambos señores Encina son de los más delicados e íntimos.

Pero son detalles éstos que no alcanzan a obscurecer el hecho de haber ido el historiador a buscar las informaciones para su historia en las autoridades de más peso. Cuando entre ellas ha descubierto discordancias, ha seguido a la más grave y respetable. En el relato de los hechos su libro aparece, pues, plenamente documentado, sobre todo en los puntos en que, por disentir de los anteriores historiógrafos, ha tenido que reforzar sus asertos y juicios. Modelo de una crítica fundamental, de lo que llaman los ingleses una *cross-examination*, es la que preside a la narración de la muerte de Portales. El autor pronuncia su veredicto sólo después de haber sopesado prolijamente todos los testimonios. Otro tanto ocurre con la documentación y crítica de los preparativos de la guerra contra Perú y Bolivia en 1837. Es un gran proceso en que nuestro historiador analiza y estudia esmerada, totalmente, las causas del conflicto y todas las piezas

y declaraciones de los testigos, proyectando ahí la luz de la evidencia.

A los numerosos elementos de información que dejo señalados, y como el más valioso e indispensable complemento que pudiera dárseles, el señor Encina agrega una cualidad que realza el mérito de este libro y forma su más saliente originalidad. Aludo a su don de observación psicológica, a su honda y lúcida visión de los personajes. Consumado maestro del análisis, sus retratos aparecen trazados con intensidad y fuerza, con multiplicidad de detalles y tan cabal comprensión del conjunto, que las figuras de sus protagonistas cobran enérgica vida; los vemos como al través del ultramicroscopio. Cuando el dicho del individuo, o su palabra escrita o los demás antecedentes materiales no le permiten dar al retrato la suprema pincelada, la poderosa intuición del historiador llega a suplirla con lógica y finura de psicólogo, con irresistible caudal de raciocinios. Uno tras otro esos pormenores que agrupa y organiza el autor, construyen la figura y le dan coherencia, parecido, verdad. Despréndese el personaje del marco, llega hasta nosotros, le vemos actuar. Y no sólo contemplamos sus actos y gestos sino que entramos en las razones que lo impelen y comprendemos la necesidad interna de sus resoluciones. Es una serie de motivos, rígida, estrechamente eslabonada, como los de un fallo, que, todos, concurren a diseñar la imagen plena, parlante, inequívoca del individuo en cuestión. Entra el señor Encina en el espíritu de éste, lo descompone y desmonta, inquiere sus motivos de obrar, sus propósitos, sentimientos y pasiones; estudia, gradúa y dosifica todos esos elementos, calcula su energía y eficacia, los exhibe adecuados, consecuentes y, por tanto, vívidos y reales. Cual minero que penetra a la caverna munido de potente linterna que la alumbra en sus más remotos rincones, ¡hay que ver con cuánta seguridad se adentra él en el alma de un Portales, un Prieto y un Santa Cruz, cómo escruta los designios vacilantes de un Vidaurre y descende hasta el antro anímico de un Florín! Y como resultado de tales explora-

ciones en que la mentalidad íntima de los personajes va apareciendo a la lumbre meridiana de la historia, formula el señor Encina, con magistral gravedad, su veredicto. Grandes y pequeños individuos de su historia, son sometidos al mismo proceso de química histórica, total y paciente, al conjuro de todos los antecedentes, razonables hipótesis y firmes raciocinios que le sugiere su vasta y segura erudición. Un epíteto, una breve frase le sobran para definir y caracterizar a un individuo por su rasgo más saliente. Así, (pág. 357, tomo II), nos muestra juzgados en cuatro palabras expresivas a los varios Presidentes de Chile, a Bulnes, «representante del buen sentido racial realzado por la elevación de alma y la sagacidad intuitiva», a Montt, «voluntad firme, fría y activa sostenida por un raro valor moral», a Pérez, «cuerdo, indolente y socarrón», a Errázuriz Zañartu, «vizcaíno, con todos los arrestos de la aristocracia criolla», a Santa María, «encarnación del conservador descreído, del aristócrata inquieto, autoritario y absorbente», etc., etc.

He dicho que el señor Encina muestra a sus personajes muy lógicos y coherentes, y que éste es para él signo inconfundible de realismo y verdad. No cabe dudar de que en general es así. Pero hay que cuidar de que tal exceso de lógica, esa impecable congruencia pueda encubrir un lazo. Porque no siempre son lógicos y consecuentes los caracteres y acciones humanos, ni es siempre la coherencia interna el distintivo de la verdad; se dan casos en que esa unidad mental es sólo artificial, creación del analista. ¡Cuántos sentimientos, afectos y pasiones, cuántas circunstancias de la vida externa, cuántos imprevistos sucesos llegan a veces a trastornar de raíz los caracteres y a despolarizarlos moralmente! Temo yo que el autor confíe demasiado en la infalibilidad geométrica de la inducción lógica aplicada a la psicología humana y olvide que en muchos espíritus lo accidental e imprevisto suele ser lo normal.

b).—Tenemos ya a nuestro autor en posesión de sus instrumentos de trabajo y de su talento de analista. Premunido de ellos, entra al relato de la historia chilena entre 1830 y 1837, haciéndola preceder, como dije, de un cuadro panorámico de la anarquía militar y el desconcierto político a partir de la independencia y hasta la aparición de Portales.

Como es de suponer tratándose de hechos relativamente próximos y de tanta notoriedad, de hechos que han solicitado la pluma de muchos historiadores y acerca de los cuales existe ingente caudal de noticias y detalles, no cabía esperar en este aspecto del trabajo del señor Encina muchas novedades, hechos desconocidos o revelaciones imprevistas. Por eso todo el esfuerzo de nuestro autor ha tendido a esclarecer y explicar más a fondo, más en sus causas íntimas y remotas los acontecimientos que describe. Aquí, sobre todo, ha hecho obra original: por el hondo estudio psicológico de los personajes, en particular de Portales, ha podido llegar a la génesis de esos hechos, darles su razón de ser, indicar y medir su evolución y resultados. Por ejemplo, un conocimiento casi adivinatorio de las mentalidades de Portales y del Protector Santa Cruz le permite mostrar en su raíz primera y fundamental el conflicto de Chile con Perú y Bolivia. Es un duelo de dos poderosas voluntades; en el espíritu de ambos contendores se juega la partida antes de resolverse en el campo de batalla la guerra cuyo premio será un imperio sudamericano. Toda esa campaña diplomática la observa, la contempla en germen en el alma de los dos estadistas, encadena razones, rastrea propósitos o intereses, pinta las circunstancias ambientes y las fuerzas en juego. Todo ello, en manos del historiador, se desenvuelve como un enorme silogismo en marcha, sin que falte un anillo en la cadena, con cierta fatalidad que le imprimen la ambición grandiosa de Santa Cruz y el genio lú-

cido, patriótico y avasallador de Portales. Esta misma voluntad, férrea, concedora de sus vías y atenta al punto de término, para la cual ningún obstáculo es insalvable, la señala el señor Encina en todos los demás momentos de la vida portaliana, en sus dos ministerios, en su Intendencia de Valparaíso. La inquebrantable unidad moral del personaje da homogeneidad y consistencia a su acción pública; las cualidades que un agudo examen le descubre en el alma del Ministro, las ve en pleno ejercicio, en todos los actos de su vida civil y oficial.

Con justicia insiste el señor Encina en aquéllas de las actividades portalianas que realmente han grabado su marca en nuestra vida republicana. Comenta, por ejemplo, la primera y más fundamental, la creación en la conciencia popular del sentimiento de patria. Cuando aun era la América del Sur todo un caos de gobiernos de hecho, sin fronteras ni títulos fijos, cuando la idea de patria flotaba nebulosa y vaga sobre todo este continente, cuando los pobladores de cada región ignoraban todavía la tierra nacional que debían defender, a cual jefe obedecer y aun la ciudad en que residía la autoridad soberana a quien acatar. Portales fija los deslindes de la comarca chilena, la concentra dentro de una línea inmutable y precisa, renunciando a lo inseguro y parásito a trueque de establecer fronteras al abrigo de todo ataque; estrecha, pero condensa y refuerza los linderos nacionales. Dentro de esos circunscritos límites instala, sobre un pueblo relativamente homogéneo, una autoridad autónoma, única, obedecida por secular tradición en todos los confines del territorio. En esa entidad formada por la tierra y la raza, infunde un alma, un sentimiento de solidaridad humana y de amor al suelo. Y desde aquel día saben los chilenos que hay una Patria a la cual amar, servir y defender, saben que los motines y asonadas son crímenes de lesa-patria, que Portales castigará con rigor inexorable. A la impunidad, a la responsabilidad nominal de antaño, al espíritu de aventura sucederá rápida, precisa e inape-

lable la sanción. Todo el mundo entra en vereda, y antes que nadie el ejército.

En efecto, el ejército que hasta esa época fuera elemento de revuelta y desorden, de corrupción y atraso, germen vitando de toda inmoralidad, pedía una urgente y radical reforma desde que su indisciplina y su apoyo a los caudillos engendrados por las circunstancias obstaban al nacimiento de una tranquila y progresista república. Ahí, si en parte alguna, fué próspera, atinada y eficaz la intervención del Ministro; sus rápidas y enérgicas medidas, su irresistible ascendiente personal rayano en fascinación, llevan el respeto y la disciplina a las revolucionadas y turbulentas tropas, se restablece la obediencia y queda consagrada con firmeza de acero la regla constitucional de que «la fuerza armada es esencialmente obediente y le está prohibido deliberar». Pero el genial estadista hubo de pagar con su sangre esa victoria sobre el militarismo. En páginas excelentes muestra el señor Encina como el holocausto de Portales, igual que la sangre de otro mártir memorable, fué prenda de salud y redención. La monstruosidad y alevosía del crimen trajo, por universal e incontenible reacción de las conciencias en todo el país, la sumisión y disciplina, el patriótico sentido de la fuerza que inspirara a Portales.

No eran menores la corrupción y desgobierno en las demás ramas de la administración pública y en la magistratura. El señor Encina suministra al respecto muy ilustrativos y elocuentes datos. También ahí llevó Portales su cauterio, aplicándolo con un vigor, rigidez y falta de misericordia inalterables. Había que decretar e imponer la moralidad y honradez por la fuerza si no por el convencimiento; y la energía del Ministro estuvo a la altura de las circunstancias. Presente, por doquiera, visitando las oficinas, conferenciando con los empleados, comprobaba todo yerro o atropello, corregía todo abuso, y sin tardanza aplicaba la rígida sanción. Con medidas despiadadas, con absoluto sacrificio de sus más caros afectos, creó Portales la morali-

dad administrativa, convirtió la competencia profesional en el obligado requisito para el ascenso de los funcionarios, organizó en suma, una tradición de buen servicio público, la misma que por más de medio siglo formó ley en el país; entonces «la costumbre constituyó derecho», como reza el Código Civil.

Pero hay más: aun los delicados y complejos problemas económicos, las arduas cuestiones mercantiles e industriales, de tanta repercusión y transcendencia, requerían asimismo la infatigable actividad de Portales. De ello encontramos ilustrativos comentarios en estas páginas, (tomo II, p. 282). Se ve ahí cómo sin mayor cultura, sin conocimiento especial y ahondado de aquellos asuntos, y sus normas, el Ministro, guiado por una segura y feliz conciencia de las verdaderas necesidades e intereses del país, discurrió acertadas y eficientes medidas, sin basarse en principios especulativos sino en un empirismo que le inspiraban su amor patrio o sus consejeros.

En lo que a los hechos materiales se refiere esta obra viene, pues, a robustecer y confirmar la historia de aquel período, y a confirmarla en parte con razones de índole íntima, derivadas de los caracteres de los personajes que la forman. Con evidenciar el autor el juego de las desenfrenadas codicias, pequeñas o grandes pasiones, nobles o menguados intereses que actuaban en aquella época y su repercusión en el alma de Portales, nos da la clave, la suprema explicación de aquel período histórico en que el genio del gran ciudadano debía hacer planear su patriótica y previsoramente voluntad sobre la de los individuos con quienes tuvo que entender.

Huelga manifestar que el punto de vista elegido por el autor a impulso de sus ideas políticas y sociales lo coloca en franco antagonismo con los precedentes historiadores de la misma época. Encina acentúa esa radical antinomia de concepciones y no trepida en calificar dura y despectivamente a dichos historiadores, Barros Arana, Amunátegui, Lastarria, Sotomayor, Vicuña

M., etc., etc., etc. (1). Todos ellos, a su juicio, han desconocido fundamentalmente el carácter de la época, la personalidad de Portales, la transcendencia de su ideología y designios; sugestionados por prejuicios políticos o librescos, por obsesiones de casta, no comprendieron el alcance de la reforma portaliana y su inconmensurable importancia para el progreso de Chile. Pero como esto dice ya relación con el sistema y teorías propias de nuestro autor, que forman el tercer punto de examen señalado a este ensayo, pasemos a exponerlas y discutir las.



c).—Imagino que todo el mundo estará más o menos conforme en apreciar la obra de Portales en los términos en que el señor Encina la describe en su historia y he procurado yo esbozarla en el precedente capítulo. La grandeza del preclaro estadista la reconocen aun sus adversarios. Los pocos hechos, o dudosos o controvertibles, de su genial personalidad se han esclarecido considerablemente merced a la perspicacia de nuestro autor. No caben ya muchas discrepancias al apreciar los grandes beneficios que la actividad de Portales trajo a la organización y solidez de la República.

Pero si en este campo existe una cierta uniformidad de juicios entre los historiadores, se ve que, al contrario, ellos están en completo desacuerdo con la interpretación que aquí reciben esos hechos, con el sistema que a la historia aplica el señor Encina, y las diversas doctrinas científicas, históricas y sociales sobre que intenta edificar su narración. Para fundar la tesis política en que basa la biografía portaliana instituye todo un nuevo procedi-

(1) El tomo II, pág. 188 trae estas líneas: «Los intelectuales chilenos que en la intoxicación doctrinaria, conservaron un resto de sentido común», etc., etc. En el mismo tomo (p. 249) se lee: «El cieno con que salpicaron (al monumento de Portales), la mentecatez y su gemela la ideología».

miento crítico dirigido—así lo anticipa el propio autor—contra el común sentir de los especialistas en la materia. Naturalmente aquí encontramos la parte más novedosa y personal de la obra en estudio; es también, por desgracia, la que en mi concepto provoca más reparos. Voy a formularlos con todo el respeto que se merece el distinguido autor.

Las discrepancias con los demás historiadores se producen desde el punto de partida. Tiene el señor Encina de la historia una idea que es la negación misma de la historia, y hasta implicaría la imposibilidad de su existencia y de su sistemática constitución. El mismo se encarga de exponerla en su libro; y como sus palabras son precisas y expresivas, ningún comentario valdrá lo que la transcripción literal de ellas. Según él, (pág. 8) los historiadores sólo presentan «una caricatura del pasado. Y como si esto no bastara para falsear la corriente de existencia que animó el pasado, la mayor parte (de los historiadores)... han intentado encerrar en fórmulas forjadas por el intelecto o someter a leyes esa corriente». Poco después, (pág. 10) agrega: que, sin embargo, se puede avanzar más que los historiadores, «siempre que se procure contemplar la historia como una corriente de existencia, renunciando a encerrarla en fórmulas y en leyes que carecen de toda realidad». Así, para el señor Encina «desaparecería de la historia la pesada majadería de juzgar el pasado desde el punto de vista pequeño y transitorio del presente». Siempre adverso a la inteligencia como organizadora de la historia, escribe el señor Encina, (pág. 12): «en su incesante transformación, el pensamiento occidental pasará por una fase en que conciba la historia como la contemplación de una corriente de existencia que no es susceptible de ser vaciada en moldes fabricados por el intelecto». (¡No se pierda de vista que esa corriente es formada por hombres, por la serie de las generaciones humanas!). Y tratando ya en particular de esta historia que analizamos, e indicando el criterio con que debemos leerla, agrega (pág. 15): «su inteligencia exige una clara distinción entre la corriente cósmica

que realiza la historia y las abstracciones o conceptos intelectuales con que se la representa el espíritu libresco; entre el estado, el gobierno y la política como realidad, y las construcciones sociológicas basadas en los conceptos de derecho, de justicia, de libertad, de democracia y de igualdad». La obra remata con este categórico aserto (II p. 354): «La historia es una simple corriente de existencia, una de las múltiples manifestaciones de la vida, imposible de ser encerrada en leyes ni encuadrada en sistemas filosóficos, sociológicos o políticos».

Los textos transcritos, y varios otros que pudieran acotarse ponen la teoría del señor Encina en perfecto relieve. Según él, existe un fenómeno que se realiza en el tiempo y de que es sujeto el hombre, proceso biológico a que en su desarrollo está cósmicamente sujeta la humanidad, proceso de índole natural que escapa a los análisis y comprobaciones de la inteligencia, sobre el que no tiene asidero la razón, que escapa a su jurisdicción, de modo que ella no puede usar respecto de él sus habituales procedimientos cognitivos, exámenes, inferencias, inducciones, síntesis, formulación de leyes, anticipaciones e hipótesis.

Entiendo que el error básico de semejante doctrina está a la vista. Si toda ciencia es elaboración de la razón, sistematización lógica de un determinado orden de fenómenos, aquí se nos presenta una serie de hechos puestos al margen de un conocimiento racional, científico. ¿Y cuáles hechos? pues precisamente los más inmediatos a nosotros, los que nos son más personales e íntimos, los que forman la trama de la vida de hombres y pueblos. Podemos fijar normas infalibles al curso de astros que ruedan a fantásticos millones de leguas de nosotros y predecir sus retornos y eclipses; podemos seguir punto por punto la evolución de la materia zoológica desde la amiba al más encumbrado de los simios antropoides; pero no lograremos conocer con verdad y plenitud científica lo que han hecho nuestros antepasados, lo que están realizando a nuestra presencia. Y digo *conocer* entendiéndolo en su sentido amplio, científico, es decir, posesio-

nándonos de las causas últimas de los hechos humanos y de su lógico nexos. No: esto que sería la historia de la humanidad, la razón no lo alcanza; en llegando al *genus homo*, fallan los criterios, abdica la inteligencia racionante y observadora; la mente no puede forzar esa hermética puerta. Se pregunta uno el por qué de tal imposibilidad: ¿son nuestros hechos materiales imperceptibles en sí mismos, no hay manera de adquirir de ellos noticias más o menos cabales? ¿son de tal modo complejos e implicados que una poderosa inteligencia no pueda desenredarlos, clasificarlos, ordenarlos por series, en jerarquías de materias e importancias? Se trata, no lo olvidemos, de actos humanos, de actividades que el hombre; solo o en agrupaciones, realiza o ha realizado a la vista de sus congéneres. Y vuelve la pregunta: ¿cuál es la acción, por compleja, extraordinaria o sublime que la supongamos, que no alcance a comprenderla total, plenamente y en toda su trascendencia, bajo todos sus imaginables aspectos, otro intelecto humano? El señor Encina no podrá citar ninguno; siempre existirá un genio de razón, alguna inteligencia soberana que, apoderándose de tal hecho, lo someta al juicio de la inteligencia y lo encasille en el archivo infinito de las ideas y experiencias de la humanidad. No hay consideración de ninguna índole, o propia de los hechos o inherente a nuestro organismo intelectual, que obste a una clara y adecuada comprensión del fenómeno histórico. Si alguna duda cupiera al respecto, el mismo señor Encina se encarga de disiparla, él que, por pura razón dialéctica, nos ha descifrado o se ha aplicado a descifrar en lo posible, desentrañándola de entre sus más recónditas células, el alma de Portales, compleja, misteriosa, extraordinaria, cósmica, para servirme de la palabra del autor.

El señor Encina que niega la existencia de leyes de la historia y la posibilidad de conocerlas, por extraña y providencial inconsecuencia, ha escrito precisamente para establecer, por lo menos, una de esas leyes, la del racismo y señalar su papel en el desarrollo de la historia. Y no solamente la ha convertido en

eje de su relato, sino que la aplica con el esmero y acuciosidad de un químico en su laboratorio; él separa, analiza, gradúa y dosifica esas influencias, las mide por avas partes y nos habla de las sangres humanas como el otro lo haría de los ácidos y sales. ¿Queda palmaria la deslumbrante contradicción?

Por otra parte, si no ha de ser la historia objeto y materia de la razón, ¿para qué se la escribiría? Si no ha de entrañar una racional experiencia, ¿para qué se la enseñaría? Pero son preguntas éstas de antemano contestadas por voz de la humanidad entera. Pues, ¿qué otra cosa importan las legislaciones y sistemas educativos, qué otra cosa indica la existencia de ciencias sociales, filosóficas, políticas sino la concreción de aquellas experiencias, la racionalización y reducción a normas universales de dichas experiencias? ¿No son ellas la constatación del elemento común a todos los fenómenos producidos por la actividad humana y ordenados en sistemáticas categorías? Sin un conocimiento racional, metódico de la historia, ¿existirían sociología, derecho, psicología, ética y política, todas las cuales derivan su existencia de las múltiples actividades humanas y captan las varias ondas del «torrente de existencia»?

La refutación de tesis tan paradójica acaba de repetirla, después de veinte otros, un sabio insigne, en verbo mucho más prestigioso y autorizado que mi palabra. En conferencia dada el 17 de Julio de este año (1), el Profesor Alejandro Lipschütz, se expresaba en estos términos de grave importancia científica: «Algunos afirman que la historia humana es a este respecto fundamentalmente diversa de las ciencias naturales. Según ese criterio, éstas últimas van en busca de leyes, y la historia sólo quiere y debe describir los hechos. Las primeras son nomotéticas y la segunda ideográfica. Hay aquí un malentendido porque la historia no sólo describe los hechos sino que además enseña los fe-

(1) Publicada en «El Mercurio» del día 20 de Julio. La conferencia se dictó en la Universidad de Chile el 19 del mismo mes.

nómenos sociológicos y tiene como fin establecer las leyes que rigen la vida social, lo que le permite preconstruir para el futuro... Toda obra científica comienza por ser ideográfica y toda historia aspira a formular leyes... Todo sistema sociológico o histórico que se funda sólo en la biología, fracasa; se necesita una acción conjunta en el campo dinámico celular. No se sobreponen unas a otras las leyes biológicas y las sociológicas sino que obran en armonía. La reconstrucción de casos históricos da la materia para formular leyes, y así podemos evitar andar a tientas».

Bastarían estos fundamentales conceptos para disipar la extraña tesis del señor Encina. Pero él mismo se ha encargado de refutarla con la publicación de esta documentada y fidedigna historia de un determinado período. En ella, salvo la exposición de sus doctrinas historiográficas y una más completa biografía de Portales, su relato no discuerda capitalmente de la manera de nuestros demás historiadores.

Ligado a este substancial error de teoría y de método está el yerro, la deficiencia psicológica de convertir a Portales en un genio intuitivo y por tal razón colocarlo en esfera superior a los hombres puramente racionales, a los pensadores. A título de intuitivo Portales ocupa una jerarquía intelectual superior a la de Montesquieu, Stuart Mill, Spencer, Tocqueville o Adam Smith, aun cuando éstos últimos hayan influenciado al mundo entero con sus enseñanzas vaciadas en centenares de constituciones y leyes. Este postulado me parece desbordar los límites de la más hiperbólica paradoja. A lo menos hubiera debido el señor Encina explicar y en lo posible definir con precisión lo que por intuición entiende él y comprobar si, así definida, se aplica a Portales. Claro está que no es cosa fácil de definir la tal intuición, porque si todos, cual más cual menos, tenemos intuiciones, lo que en este caso interesaba era precisamente discernir en qué la intuición de un Portales difiere de la de cualquier otro ciudadano. ¿Es acaso la intuición fenómeno irreductible a las categorías de la psicología, fenómeno indescomponible, primario? ¿escapan,

por ventura, sus componentes a todo análisis? Me atrevo a pensar que no, que llamamos intuición a una exaltación de las facultades mentales, que ella es una forma de la conciencia menos precisa que la otra y en la que influyen muchos factores que penetran en la conciencia sin ésta advertirlo. Múltiples son las variedades de la intuición: hay la del matemático, a base de puro raciocinio; hay la del físico o naturalista basada en datos de observación empírica. Y existe, sobre todo, la del hombre público, del estadista, inspirada en el conocimiento de los individuos, de su historia y del ambiente en que viven y actúan; de esta índole sería la de Portales. Hay en ésta última una mayor receptividad de ideas y sensaciones que, si bien vagamente aprehendidas por la conciencia, llegan en cierto momento a revestir forma y a traducirse en vistas, resoluciones y actos. Un espíritu intuitivo no es, como parece creerlo el señor Encina, una especie de monolito moral, impenetrable a toda acción interna o exterior sino un individuo sobre quien el mundo externo o las ideas influyen con más fuerza e instantaneidad, con violentas abreviaciones de los procesos intelectuales. Y, por ejemplo, Portales, ya que él es quien motiva estas reflexiones, ha sido inspirado por el ambiente, aun cuando más no fuera como una reacción en contra de él. A menos de aceptar el milagro como explicación histórica y de admitir que en un momento dado cayeron sobre él las legendarias lenguas de fuego, forzoso es convenir en que existieron las influencias a que debió las ideas, orientaciones y experiencias que no le suministraba su muy mediocre cultura escolar y social. No se diga, entonces, que por intuición, cual si dijéramos por arte de magia, un individuo, aun cuando sea el más excelso de la humanidad, intuye el derecho y la economía, industrias y comercio, pedagogía y artes, se apropia la historia, penetra las honduras de la sociología y se adentra en los repliegues de la administración, cual lo hiciera Portales. Eso sería salirse de la esfera de los hechos humanos.

Menos aun se pretenda convencernos de que, viviendo en

el comercio de Bello, «el más poderoso cerebro que haya existido en el mundo después de Leibniz» (1), ese pedagogo nato, formidable y genial enciclopedista, encarnación suprema del humanismo, éste no haya influido en el Ministro que lo consultaba, no le haya dado claras nociones de las veinte materias en que fué maestro, él, recién llegado del país más culto y libre de la tierra, donde había adquirido una experiencia jurídica y política sin igual en el continente americano. Y cuenta que no era Bello el único en el círculo de Portales: existía una pléyade de hombres de estudio, leídos, preparadísimos, capaces de abordar los más difíciles problemas y las más delicadas situaciones. ¿No vivía en aquellos tiempos don Mariano Egaña, por no recordar otra docena de nombres?

No se cometa, sobre todo, el crimen contra el espíritu de depreciar a los pensadores, sacrificándolos a ésos que llaman intuitivos. Porque ¿con cuál criterio, si no es el de la razón, juzgamos y avaloramos los actos de éstos últimos? ¿quién decide en último término acerca de la bondad o maldad, la licitud o injusticia, la corrección jurídica o la inmoralidad de las acciones humanas si del debate se aparta a la razón? La unidad y universalidad del juicio que dichas cuestiones demandan, sólo en la razón puede hallarse, no en la intuición, intermitente, arbitraria, fluctuante y que varía de individuo a individuo. ¿Y la razón podría verse supeditada por voluntades extrarracionales que bien pudieran ser, y en muchos casos resultan, irracionales? El mundo, la sociedad, las ciencias, artes e industrias viven de razón; y si todo eso ha de perdurar, no erijamos en norma lo que no quiere someterse a la razón.

Hombre de ciencia y estudio, el señor Encina, sin embargo, no desperdicia oportunidad para denigrar a los hombres de prin-

(1) En estos términos lo juzga Mr. W. L. Newman, profesor en Oxford, el más insigne de los modernos helenistas británicos, en carta privada al autor.

cipios, a los que desdeñosamente llama pensadores, forjadores de abstracciones. Una y veinte veces en el curso de estas páginas halla ocasión de manifestarles su menosprecio, el ningún influjo que les reconoce en la marcha y progreso de la sociedad. Poco más, y los culparía de cuantos males padece ésta y que él atribuye a los susodichos funestos principios. El ideal político del señor Encina sería, por lo visto, que los hombres de Estado llegaran al Gobierno como la *tabula rasa* del filósofo, sin nociones ni normas de nada, viviendo como quien dice al día en punto a ideas, planes y resoluciones, oportunistas, empíricos y casuístas; vería en esta ignorancia y falta de rumbos en toda materia una infalible garantía de acierto. Así, en esta bendita incuria es facilísimo dictar constituciones y códigos, resolver problemas, orientar la educación y poner en movimiento la máquina administrativa entera. Las soluciones llegan por arte de brujería, los reglamentos se promulgan al azar de las circunstancias, sin nada que se parezca a la realización de un orden, de un plan basado en normas preestablecidas, por intuición o al tanteo. Con este criterio, ¿cómo puede existir legislación o siquiera discutirse leyes, sobre cuál base de común entendimiento? El señor Encina, hombre de ciencia y, mal que le pese, hombre de doctrinas, es perito en finanzas, en sociología y económica. Al discurrir acerca de estas materias, cuando aconseja, cuando escribe o informa al respecto, ¿procede al capricho, a la buena ventura, contra los principios que los demás individuos creen discernir en esos asuntos? ¿Es indiferente pronunciarse por el proteccionismo o el libre cambio, por la grande o la pequeña industria, por el comunismo o la propiedad privada, por el parlamentarismo o por la autocracia... portaliana? ¿Y qué son, cómo llama el señor Encina las razones generales y de fondo que inspiran sus juicios? Y cuando esas razones le son discutidas, ¿sobre qué base universal de raciocinio las defiende contra sus impugnadores? Su misoneísmo absoluto, sin reservas, lo lleva a tratar con injusto desdén a los grandes tratadistas de la política y la sociología. El

prefiere a los hombres prácticos, a los que ejecutan lo que los otros estudian y comentan. Cualquier intuitivo tiene mejor, más agudo y seguro juicio que esos cultores de la inteligencia. La condena de éstos últimos es sin atenuantes; van a parar a la última categoría de seres intelectuales. Y no sin emoción vemos al señor Encina colocar a esos maestros insignes en plano muy inferior al de un Napoleón, un Bismarck, un Portales y—así lo impone la lógica—a un general don Andrés Santa Cruz!

Empero, el señor Encina cree poder prescindir de los elementos mismos constitutivos de la intuición, y presume de explicar el genio de un Portales que, sin plenas noticias de nada, todo lo resuelve con acierto. Y en efecto, en vez de la razón discursiva y dialéctica, iluminadora de las inteligencias, fantasea en el gran Ministro una que llama *corriente cósmica* que, humildemente, confesamos no conocer ni entender, aun cuando más de una vez la hayamos encontrado en las admirables páginas de Bergson. Este factor incógnito, exterior a la razón y que la supera, es una pura entidad metafísica traída sin necesidad a la historia; lo que no deja de extrañar en un libro cuya primera palabra es el nombre de Augusto Comte. Porque—supongo yo—ese elemento cósmico no ha de referirse a la noción del Cosmos conocida del mundo entero y según la cual todo cuanto existe en la tierra, incluso el género humano, es cósmico, es una de las manifestaciones de la fuerza universal de vida infundida en el universo. Y en tal caso, es obvio que la explicación del señor Encina no pasaría de ser un truismo, indigno de consagrarle siquiera una línea. Que si, apartándose del sentido etimológico de la palabra, el autor entiende por *cósmico* otra cosa que no describe y define, habría caído en el vicio de raciocinio que los antiguos llamaban *obscurus per obscurior*.

Más tarde el señor Encina modifica su fórmula, y al «torrente cósmico» substituye una *corriente de existencia*, sin esclarecer mucho más la dificultad, y siempre con reminiscencias del «impulso vital» bergsoniano. Porque uno se pregunta: si ese to-

rrente de vitalidad circula también en cada uno de los seres vivos, en cada hombre, ¿en qué diferencia ella a Portales del común de los hombres? ¿cuál virtud secreta hace que la vida vulgar y adocenada de todos nosotros se torne para aquél en actividad devoradora y formidable, en don de comando, en firmeza soberana de la voluntad y en patriotismo llevado hasta la inmolación del propio ser? Alguien un tanto positivista o escéptico se haría tal vez una pregunta más: ¿se necesita de todas estas obscuras, ambiguas y remotísimas hipótesis biológicas y metafísicas para explicar el genio y las exaltadas facultades anímicas de un individuo?

En su ferviente bergsonismo no le basta al señor Encina haber pospuesto la razón a la intuición, en la que todavía subsisten elementos racionales. Avanzando en su ataque, va a buscar algo todavía más distante de la inteligencia que superponerle. Y descubre el instinto. En la página 213 del tomo II, osa escribir estas líneas de inverosímil, de increíble y agresiva audacia: «Todo lo grande, todo lo útil, todo lo duradero en la historia lo creó el instinto. Todas las destrucciones y todos los desastres los engendró la teoría racional». Bueno: por obra de esta filosofía de la historia ya tenemos a la humanidad a la altura de los brutos, abejas, hormigas y castores. Pero ¿es exacta esta desconcertante afirmación que así descorona al hombre de su más sublime atributo? Evidentemente no. Y aun hay que esforzarse para concebir que nuestro autor haya podido escribir esto en serio. Porque la verdad de las cosas es la totalmente inversa. Si las razones que aduje contra el predominio de la intuición en el desarrollo de la historia alguna fuerza tienen, esa fuerza se multiplica al infinito tratándose del instinto. Falsísimo que todo lo grande y útil de la historia sea hijo del instinto y que sólo males haya traído a la humanidad la inteligencia. Salvo que no se quiera ver creaciones históricas en la ciencia y el arte... Pero si por un instante atendemos sólo a las industrias, ¿cómo nacen ellas, se desenvuelven y prosperan si no es cuando las fecunda e incuba la razón?

Aun las más rutinarias proceden del examen de los hechos y de la inducción que discierne y codifica sus leyes. Todas esas industrias obran por un impulso, por un acto en que la razón interviene en mayor o menor medida. No existe una invención instintiva; son términos que se contradicen; desde que el uno existe, el otro desaparece; porque el instinto es facultad de ejecución, no de concepción. Pero volviendo a las ciencias y artes, puras concepciones de la inteligencia,—¿lo negará el señor Encina?—¿es que ellas no formen parte en realidad de lo grande, útil y duradero que ofrece la historia? No sé yo que exista en el mundo quien ose discutirlo... salvo Rousseau. Y si es así, el aserto del señor Encina se derrumba desde la base, ya que, bajo formas de saber y de hermosura, el intelecto ha engrandecido y servido a la humanidad y a la historia. ¿Es por inteligencia o bien por instinto como se planean templos y palacios, o se esculpen las estatuas de Fidias, como se pintan los frescos de Miguel Angel, como se coordinan los axiomas euclidianos, se elaboran las observaciones clínicas de Hipócrates y como se organiza la biología aristotélica? ¿Es por intelecto o por instinto como del fondo de fórmulas matemáticas surge la moderna astronomía y adquiere el hombre el conocimiento del universo? ¿Por instinto se escribió la *Gramática Comparada* de Bopp? ¿Por instinto se formó y organizó el Derecho Romano, «la razón escrita», como se le llama, y fué el instinto de cualquier gañán el que reemplazó al genio de Bello en la elaboración de nuestro Código Civil? ¿Es por virtud de la inteligencia o del instinto como ruedan las locomotoras, vuelan los aviones y navegan bajo las aguas los submarinos, como vibran telégrafos y teléfonos y como la química y la física renuevan la obra del Creador? No puede el autor eludir estas preguntas; y contestarlas en favor de su tesis fuera vulnerar el más elemental buen juicio, la más rudimentaria honradez crítica. En cuanto a mis lectores, no les haré el agravio de pedirles respuestas que son forzadas aun para hombres de mediana cultura. Sí: quiéralo o no el señor Encina, todavía y por siempre resplandecerá

sobre esta humanidad, para alumbrarla y guiarla, la antorcha inmortal que en el fuego del Cielo encendiera un día Prometeo.

A la vez de mostrarnos en Portales a un intuitivo, el señor Encina descubre en él caracteres atávicos que lo vinculan con César Borgia. Es rastrear un poco lejos, tres siglos atrás, los antecedentes del prócer chileno. Y todavía, ¿son bien definidos y análogos esos rasgos ancestrales, justifican o explican ellos en alguna medida el genio portaliano? ¿cabe establecer entre el bastardo de Alejandro VI y nuestro egregio Ministro alguna relación de causa a efecto que defina al uno por el otro? Me atrevo a negarlo; ¡salvo que se trate de instituir la comparación por los contrastes! Porque véase: frente al Borgia soldado de fortuna, cuya desenfrenada ambición mantiene a su patria en constante inquietud, frente al inescrupuloso asesino para quien no existieron leyes divinas ni humanas que respetar, aventurero audaz que ponía su espada a precio de los monarcas, falto de toda grandeza moral y perdido en mil orgías, con raptos de frenesí feroz, frío e implacable en la perpetración de sus crímenes, ávido de populachería y exhibicionismo, Portales encarna las cualidades contrarias: hombre honrado, fiel a su palabra y compromisos, leal en sus tratos, varón de orden y respeto, patriota hasta el sacrificio, no alienta en su vida otro ideal que la gloria y engrandecimiento de Chile, imponiendo a las actividades públicas de los demás el mismo inflexible rigor con que llevaba la suya, abominando de todo atropello o abuso y listo para sancionarlo con implacable dureza. Imposible una mayor contrariedad de caracteres. Y si no hay tal atavismo y relación, ¿a qué traer a cuento al condottiero del siglo XVI y vincularlo con el grande estadista americano? Con ello se consigue únicamente confundir las ideas y hacer de la historia una heterogénea amalgama de personajes y sucesos. No están las leyes biológicas de la herencia suficientemente estudiadas todavía como para erigirlas en cánones de la historia. Veamos a Portales, sólo al individuo Portales, actuar en

el ambiente que lo ha incubado y moldeado y en el que el Ministro se entrega a las sugerencias de su genio personal.

Una observación más a este propósito: Uno de los defectos que, como a fervoroso cultor de las letras clásicas, ha debido impresionarme en esta obra es cierta falla en el sentido de las proporciones, una especie de atropello de las jerarquías en que se clasifican y agrupan los genios. Por ejemplo, es motivo de estupefacción para mí que el autor haya invocado en algún pasaje, (pág. 199, vol. I) poco menos que equiparándolo al de Portales, el nombre de Julio César. ¡Esto, en verdad, es demasiado! Ningún entusiasmo puede justificarlo. Y resulta muchísimo más imperdonable aún si se observa que en otra página (II p. 430), el señor Encina da en ciertos respectos la primacía del genio sobre Portales...; nada menos que al protector Santa Cruz! De modo que ahí tenemos al caudillejo mestizo e ignaro parangonado también con «el hombre más grande que jamás haya vivido en el mundo», (1). con el genio de quien plenamente puede afirmarse que «tanto nomine nullum par elogio». Tales comparaciones, en que faltan todos los puntos de semejanza, sirven únicamente para convertir lo absurdo en intolerable. Gracias a ellas, don Diego Portales o aparece rebajado al nivel de un Borgia homicida o ensalzado a la altura de un César, sin que sepamos donde está su verdadero puesto.

Hay en el señor Encina marcada tendencia a este género de explicaciones étnicas y biológicas. Cualquiera advierte en este libro la confianza y seguridad con que en él se invoca la etnología del pueblo chileno a la época de ocurrir los hechos objeto de su historia. En repetidas páginas el autor nos habla de la raza castellano-vasca, señalándola como causa de una determinada concepción política, de un carácter básico de la población colonial y de todo un régimen de gobierno más o menos severo y

(1) Así lo califica la primera autoridad mundial de hoy día en la materia. (T. W. Rice Holmes = *Caesar's Conquest of Gaul*, p. XI—Oxford 1911).

tradicionalista. Es, en cierta medida, la famosa tesis del Dr. Palacios, pero mitigada, racionalizada por un criterio de historiador y de sociólogo. Entiendo yo que es atribuir a la influencia racial excesiva e injustificada transcendencia. Desde luego, se sabe ya cuán controvertido es el concepto mismo de raza. Pero aun admitiéndolo, y con todas las necesarias reservas, dicho concepto no implica en modo alguno la permanencia e inmutabilidad de los rasgos étnicos asignados a cada raza particular. Nos enseña la historia cómo las características que parecen más firmes y hon-das varían, evolucionan y se modifican a impulsos de las circuns-tancias internas y exteriores en que se encuentran los sujetos étnicos. No existe en ningún pueblo, jamás lo ha habido, el fata-lismo racial que imagina el historiador y que predeterminaría su marcha ulterior sino, al revés, la ley de evolución ha predominado en todo instante, cambiando a pueblos e individuos, subvirtiendo sus más arraigados y fundamentales instintos. De cuantos fac-tores concurren a la formación y desarrollo de un pueblo, ninguno más inestable, más sujeto a todo género de influencias de toda índole. Fenómeno que se acentúa a medida que nos acercamos a nuestros tiempos y los pueblos se hallan en más inmediatos comercio y contacto. Por obra de esa mutabilidad, los héroes inmortales de las Termópilas, libérrimos en su constitución, in-superados en imaginación e intelecto, degeneraron en la aplas-tada servidumbre y mediocridad bizantina; por obra de ella los romanos, severos y adustos, sin imaginación, positivos y faltos de capacidades especulativas, conocieron todos los concebibles regímenes políticos, fueron maestros supremos durante el Re-nacimiento, adquiriendo caracteres que antaño les faltaran, el vigor filosófico, el excelso espíritu científico que centellea en Leonardo y Galileo; por esa propia virtud de cambio que provo-can las circunstancias externas, las feroces e incultas tribus be-duinas, enclaustradas en unos cuantos embrionarios e instinti-vos hábitos y sentimientos, ásperas y belicosas, sin más horizon-te que la infinita sábana de arenas de sus desiertos, enemiga de

artes, ciencias y comodidades, llegan en un instante, por la súbita e imprevisible aparición de un hombre, a ser la nación que en la Edad Media conserva el tesoro del saber, es alcázar del lujo, de todo refinamiento y sensualidad, pueblo comprensivo, dúctil, de no vulgar fantasía y que forma hoy día una formidable civilización de 300 millones de individuos. ¿Queremos, todavía, ejemplo más a mano, más tangible de esa perpetua variabilidad de las familias humanas que impide considerarlas como un caudal eternamente fijo de tales o cuales determinados atributos? Pues ahí está un pueblo ignorado hace tres siglos, sin industrias, artes ni alta ciencia, el más distante de nuestros conceptos de occidentales, y que en pasos de gigante, con vitalidad y pujanza milagrosas, se ha puesto a la cabeza de la cultura moderna entre los cinco o seis mayores imperios del mundo; es nombrar al Japón. En presencia de tales hechos, ¿cabe fijar como base de estudio y apreciación histórica y como inconcuso punto de partida caracteres tan móviles y que fluctúan al capricho de cien factores accidentales e imprevisibles? Evidentemente no; la explicación única del fenómeno histórico no está ahí; hay que buscarla en la concomitancia de otros factores.

Por lo demás, esos rasgos distintivos que anotan los etnólogos tampoco son innumerables; se les cuenta en los dedos de la mano y los hallamos, con más o menos relieve, en toda agrupación de individuos; no constituyen un elemento de diferenciación que por sí solo permita distinguir a un pueblo de otro. El señor Encina define a los vascos como gentes serias, adustas, sin imaginación, faltas de iniciativa y, por tanto, tradicionalistas y conservadores. Ahora bien, ¿son los vascos los únicos en presentarnos esas características? ¿no acuden a nuestra memoria los nombres de una docena de familias humanas de análoga fisonomía? ¿Y no se advierte que media colosal distancia entre el hecho étnico y la actual persona histórica para explicar ésta por aquél, olvidando las incontables metamorfosis que entre ambos ha introducido el complejísimo proceso de la historia?

Esto es sin hacer caudal de la absoluta relatividad de esos propios signos étnicos. ¿Cabe hallar conceptos más indeterminados y vagos que la adustez, la seriedad, el espíritu positivo, el don de iniciativa, la severidad, la falta o sobra de imaginación? ¿Dónde están los límites de todo eso, quién los fija, cuál es el arquetipo con el cual comparar los tipos particulares? Honradamente, nadie puede indicarlo porque todo ello es por excelencia variable, convencional y arbitrario; y dentro de cada familia en que brillan estas cualidades no es raro hallar las radicalmente opuestas. Tan a la vista están los ejemplos, que me abstengo de citarlos.

Estas consideraciones que fuera fácil ilustrar y desarrollar con veinte ejemplos más, me hacen considerar exagerada, más aún, inoficiosa la apelación al carácter racial chileno en la explicación de nuestra historia. Fuera de que nadie, absolutamente nadie será capaz de discernir en esos castellanos-vascos que vinieron de conquista a Chile hasta qué punto eran a la sazón una raza pura, o hasta qué punto los habían contaminado las diversas invasiones del suelo hispano por el extranjero, y las continuadas relaciones, o pacíficas o bélicas, que en época de Carlos V y Felipe II llevaron a los españoles por todos los ámbitos de Europa. Me parece, en consecuencia, que de una vez por todas convendría eliminar de la historia ese prejuicio de las razas que no es una realidad biológica, social ni histórica, por el cual no se explican las historias de Francia e Italia, las de Grecia antigua y Roma clásica y que no se requiere para entender bien la de Chile.

Porque si atendemos a lo que el autor escribe a este respecto, (II págs. 189 y sigts.) vemos que ya desde el curso del siglo XVIII habitaban Chile familias de las provincias castellana, vasca, asturiana y andaluza. El señor Encina detalla con minucia sus características mentales; todas ellas concurrían a formar la población chilena, y sus peculiaridades se resolvían, tenían que resolverse y fundirse en la vida privada y ciudadana por el for-

zoso comercio recíproco que se les imponía. El autor concede sus preferencias y simpatía a la sangre castellana y vasca, a la que mira como cimiento de la grandeza y solidez de la república. Parece infundada tal preferencia y enaltecimiento de castellanos y vascos ya que para la completa y amplia vida histórica de un pueblo tan necesarias son las calidades de esa familia como la de los andaluces y demás meridionales. Seguramente no sería Chile lo que es sin aquel germen de «mayor agilidad intelectual, optimista... que más tarde (después de Portales), hizo suyos el periodismo, la instrucción, las profesiones liberales, y todo lo que da el dominio espiritual», (p. 199, tomo II). En este caso el yerro ha consistido, a mi juicio, en establecer categorías rígidas, especies de estanques aislados, entre esas diversas familias a las que separan sólo rasgos secundarios, no fundamentales, y que han actuado en conjunto en la evolución de nuestra historia. Prodújose ahí una combinación absolutamente ineludible y que una análisis imparcial y severa no logra descomponer en sus elementos primordiales y constitutivos. Prueba de ello, de que la mentalidad andaluza, imaginativa y voluble, *primesautiere*, fué algo necesario a nuestra civilización es que—lo reconoce el señor Encina,—Portales mismo simpatizaba con él «*por temperamento*», (nótese bien: *por temperamento!*) Entonces, ¿por qué venir a hablarnos de antinomias radicales entre esos factores étnicos, por qué no admitir que, reunidas las cualidades que a cada uno de ellos asigna nuestro autor, se tiene la suma de las capacidades que hacen a los pueblos grandes y prósperos, y que la fusión de todos esos elementos contribuyó a dar su peculiar fisonomía a la república chilena? ¿Y no se contradice palmariamente el autor cuando escribe (II p. 195): «Cualquiera que fuera su procedencia regional, los conquistadores formaron en Chile un pueblo uniforme, sin grandes variantes regionales»?

En este punto, como en tantos otros, el señor Encina incurre en una palmaria contradicción. Ya hemos visto con que dogmatismo excluye a la razón de toda intromisión en la historia;

escuchamos en este instante las categóricas palabras con que proclama la subyugadora, condicionante y fundamental influencia racial en la marcha de la historia. Sin embargo, en la página 358 (tomo II) no vacila en escribir estas líneas que socavan todas sus tesis: «El período histórico 1830-1891 está informado por fuerzas casi exclusivamente espirituales. Los elementos físicos, los procesos raciales (!!) y las mismas vicisitudes históricas carecen en él de importancia. En ningún momento son factores sociológicos activos». ¿En qué quedamos, entonces? ¿Prevalece sobre todo la raza? ¿se excluye o no a la razón de la historia y de su organización y relato?

A este respecto, una consideración todavía: En la España misma de los siglos XVI y siguientes, ¿estaban las provincias de tal modo diversificadas, tan aisladas unas de otras, tan sin comercio de ninguna índole entre ellas que cada región conservaba una característica y peculiar fisonomía no transmitida a las demás familias peninsulares? ¿Cómo puede el señor Encina afirmar algo que pugna con la naturaleza misma de las cosas y sostener que a Chile llegaron vascos puros, andaluces incontaminados, castellanos sin mezcla? ¿Antes de venir a América no se habían producido cruzamientos entre los pobladores de esas comarcas? Es, verdaderamente, abusar demasiado de la buena voluntad del lector proponerle estos asertos.

La consecuencia que fluye de este debate es que no hacía falta traer a discusión el problema étnico español para describir el curso de nuestra historia. Ese problema racial sólo existe respecto de la raza aborígen, desde que el araucano como tal no ha entrado en nuestra civilización ni influido en ella sino indirectamente en la época de su resistencia armada.

En el señor Encina el desdén por los principios y por quienes los profesan corre a parejas con su desprecio por la libertad. ¡Hay que ver la ironía con que la nombra! ¿quién no siente vibrar el sarcasmo en estas palabras, por ejemplo? (tomo II, pág. 185): «Lo esencial es la libertad: a la larga hace bueno al criminal, la-

borioso al flojo, hábil al torpe, y da juicio político al que no lo tiene. Todo lo que la limita es tiranía... La libertad y la instrucción llevan en sí el remedio del mal. La enseñanza de nociones de civismo y de moral, añadidas a la influencia que las luces del espíritu tienen sobre el corazón y la conducta, purgarán al pueblo chileno de los vicios que le infiltró el régimen colonial... Cada ciudadano inconsciente, alumbrado por la libertad, elegirá los mandatarios más capaces, más morales y más abnegados».

Consecuencia que sacará cualquier aprendiz de lógica: puesto que instrucción y libertad no pueden operar milagros, cambiar las cosas del no ser al ser, del mal al bien, ni convertir instantáneamente a todo el mundo en un Sócrates, un Marco Aurelio o un Wáshington, ni en cinco minutos hacer de un fueguino un émulo de Goethe, hay que abolir toda enseñanza. Suprimamos el estudio de las nociones cívicas, no volvamos a hablar de moralidad, alejemos a los hombres de la administración pública y aun de manifestar interés por ella; apaguemos los focos que alumbran a los espíritus, hagamos sobre éstos, no la luz, las tinieblas; acerquémonos a presenciar la génesis encantadora, inefable, llena de dulces promesas de las tribus *yahous* que describiera el agudo turista Gulliver; ellas son el modelo sin par que debemos proponer a la humanidad. Y para prescindir de la rutinaria ceremonia de elegir magistrados públicos, y dado que la lotería o la rifa serían procedimientos todavía demasiado liberales y democráticos, dispongamos que en el futuro sólo tengan opción a puestos oficiales aquellos ciudadanos que lleguen al mundo con los 30 signos inequívocos en que los devotos hindúes reconocen a su Buda. Dejemos a don Andrés Bello, su gramática y silogismos tan coriáceos; y utilicemos el látigo o el garrote, la mordaza o aun el rifle, eficaces, miríficos instrumentos pedagógicos para imbuir a las gentes en las nociones económicas y constitucionales, para inyectar a altas dosis la moralidad en los espíritus a fin de que, en defecto del convencimiento, proceder demoroso, la coerción, los golpes, la violencia, el *compelle intrare*

incubén la ciencia el patriotismo y la moral. Borremos con solícita mano aun el recuerdo de aquel hecho funesto de que mientras más instruídos, más felices son los pueblos, mayor su civilización. Cuando los países han sido libres como la Roma de los Escipiones, la Inglaterra de Victoria o la Suiza de los últimos cuatro siglos, afirmemos que han caído a los abismos de la miseria intelectual y moral, y que también ahí la sabiduría ha sido «pura aflicción de espíritu».

Pero demos tregua a ironías y sarcasmos. Sin necesidad de ellos, porque sabemos la historia y la vemos producirse a nuestra vista, porque la seguimos en sus líneas más salientes, persistimos en creer a la libertad el más noble atributo del hombre, la más digna solución de todo problema social, mágica varilla que abre todas las puertas, descubre todo tesoro y suprime el mal en cuanto en la tierra es dable abolirlo. Mientras el señor Encina preconiza lo contrario de la libertad, el despotismo, subsiste incólume nuestra fe y convicción de que, bien entendida y practicada, la libertad puede producir, produce mayores beneficios que la dictadura, aun mitigada, sin ninguno de sus inconvenientes, sin parálisis ni mutilaciones del intelecto y voluntad humanos. Seguimos creyendo que es útil, que es indispensable, que es de sana y confortante higiene política y social que el hombre nazca, viva y se eduque en la escuela de la libertad, única que puede entrenarlo, fortalecerlo, dar vuelo y empleo a sus facultades. Sin esa experiencia personalmente instituída, experimentada en el propio ser, ninguna iniciativa fecunda alentará en el individuo ni beneficiará a la sociedad en que actúe. ¿Y a qué otro resultado tiende esa instrucción que el señor Encina envuelve en una misma ironía que la libertad? En cambio, con todas las cortapisas y reservas que nuestro autor quiera poner al régimen que eufemísticamente llama *gobierno fuerte*, todo gobierno portaliano entraña, más o menos encubierto, un despotismo en que la voluntad de un individuo se impone a la masa popular. Y no eternamente han de andar las naciones con muletas y anteojos-

ras. Hay aquí, en último análisis, un dilema: autocracia o libertad. Esta cuestión—ocioso es declararlo—, nosotros los liberales la resolvemos—por razón, por principio y por experiencia histórica—en pro de la libertad. Es decir que, por relevantes e incontestables méritos de administrador que nos muestre don Diego Portales, no entregaríamos a otro de sus émulos y sucesores el destino ulterior de la República. Nos basta ya con la enseñanza de las recientes dictaduras. Y eso que damos por sentado lo que sería tema de larga discusión, a saber: si la reforma portaliana ha cambiado el cauce de la vida histórica del país durante setenta años! ¿Quién puede afirmarlo, con qué pruebas, por cuáles razones? ¿y es posible, siquiera en hipótesis, suponer y aseverar lo que hubiera sido cualquier país falto de un hombre, Chile sin Portales, Francia sin Napoleón? ¡Frágiles conjeturas, especiosas cavilaciones indemostrables, absoluta y totalmente indemostrables!

Pero el señor Encina ha escrito su libro precisamente para justificar la tesis de que un gobierno *fuerte* es preferible a todo otro, más aún, es necesario a la consecución de la finalidad propia de los Estados. Y nos cita y expone como ejemplo *ad hoc* el gobierno de Portales. He de repetir a este propósito lo que dije más arriba: los fines eran laudables, patrióticos, algunos de los resultados excelentes, otros perduran satisfactorios hasta hoy. Pero los medios no fueron adecuados ni mucho menos inocuos; sirvieron maquiavélicamente para justificar en apariencia fines útiles, pero en sí no eran intachables. Gobierno fuerte, dice el señor Encina; pero ¿cuál era esa fuerza? era la voluntad imperiosa de un dictador legal que—sin mayor efusión de sangre, justo es decirlo—pero en un ambiente de inquietud y temor, como el que hemos conocido en épocas recientes, mantenía al país en constante sobresalto, reglamentado como en vida de cuartel y en una vaga y angustiosa expectación. No olvidemos que Portales hizo la Constitución para sí; menos aun olvidemos que había pedido que en ella un artículo transitorio concediera al primer manda-

tario la facultad de reformarla sin mayores solemnidades. Era presumir demasiado de la competencia e infalibilidad políticas de dichos mandatarios. Los negocios públicos, variados, complejos, imprevistos y a menudo imprevisibles, exigen más, infinitamente más que una mentalidad y un criterio y un concepto de la vida privada y oficial orientada invenciblemente en un solo sentido. En el gobierno de la república reveló Portales la misma unilateralidad imperiosa, aplastante, que en su vida doméstica; sólo que una nación no es un hogar. La justa admiración que a un espíritu liberal inspira Portales no está exenta de reservas y distingos, y va más al administrador que al político. Alguien, a mi lado, lo define: un genial gendarme de la república. Ciertamente fué eso; pero fué también algo más: un gran patriota desvelado por el progreso del país, que lo sirvió heroicamente y que se propuso a Chile como ejemplo memorable de un funcionario sin tacha.

Bien ha hecho el señor Encina en aplaudir la honradez, el celo e inteligencia, la seriedad impuestos por el gran Ministro a los funcionarios públicos. Todo el mundo estará con él cuando recuerda los casos de espartana austeridad que cita del propio Portales, de Montt y Varas, de Pinto y Santa María. Pero cuando de esas virtudes hace el patrimonio de un determinado régimen de gobierno, cuando lo constituye en característica del solo despotismo o semi-dictadura portaliana, entonces la conciencia pública se subleva, y no hay hombre con un átomo de dignidad que no alce una exasperada protesta. No: la honradez, la decencia, el patriotismo no son materia de monopolio, no son privilegio de una casta o de un partido. Y si Portales dictador de hecho fué integérrimo en su honestidad administrativa, como lo fueron asimismo los Presidentes mencionados, debe agregarse que lo fueron no en nombre de tal o cual concepto político sino en nombre de un principio mucho más alto, su conciencia de honrados patriotas. Aun fuera del mitigado despotismo que describe y preciniza nuestro autor, caben esas virtudes que, antes que del fun-

cionario, son del hombre y del ciudadano. A Dios gracias no se necesita abdicar de la conciencia y la libertad para exigir y hallar honradez y firme cumplimiento del deber en los mandatarios de la nación. ¿Acaso no vemos en todos nuestros partidos políticos a hombres que son crisol de virtudes cívicas y que, en la completa divergencia de sus ideales políticos, sabrían, sin embargo, llevar a la administración pública todos los méritos de honestidad y eficiencia que a sus subalternos imponía Portales? Y si es así, convengamos en que el entusiasmo por su héroe ha perturbado el criterio del historiador y lo ha hecho empequeñecer la cuestión entrando en comentarios de esta índole.

Séame permitida por ahora una última objeción a esta historia. El señor Encina ha escrito 900 páginas casi para pregonar las excelsas virtudes de un gobierno fuerte, en aras del cual sacrifica la libertad y la instrucción. Mas, para probar su tesis le era necesario previamente demostrar la absoluta incongruencia de la libertad con un gobierno eficiente. Ni siquiera lo ha intentado. Al revés, no ha mostrado que antes de Portales hubiera un gobierno *libre* y por tanto ruinoso para Chile sino que nos ha hecho ver la anarquía, la falta de todo gobierno y administración, la licencia e inmoralidad que precisamente forman la antítesis de la libertad. No es probante, pues, su argumentación y nada arguye contra la libertad. Esos caudillos, esas diarias revueltas, ese militarismo en perpetua efervescencia, eso no es, nunca fué la libertad. El señor Encina se ha forjado un fantástico monstruo para darse el placer de abatirlo y ultimararlo. Pero bajo sus golpes lo que ha sucumbido no es una libertad que no existía sino el desgobierno, la universal corrupción política de aquel tiempo. La falta de una voluntad intrépida tendida hacia el progreso del país fué lo que subsanó Portales. No se confunda con ello la libertad, cuya esencia es la medida, el orden, la autolimitación, el respeto de cada derecho como garantía del respeto a todos los derechos y como vital requisito para la existencia de la sociedad política. Y mientras el autor no pruebe que con estos

requisitos de orden, mesura, respeto y limitación de facultades no puede existir gobierno eficaz, su argumentación fallará por la base y será nulo, quedará estéril su ejemplo portaliano. Cualquiera, con la Carta de 1833 a la vista, podrá demostrar que ella bastaba, en manos de un espíritu enérgico y patriota, para traer los caudillejos a la obediencia, sofocar motines y devolver orden y paz a la república. Cuestión de orden psicológico, de carácter, no constitucional. Y si ésta es la mejor apología que de la libertad pueda formularse, es también el más grave reparo que pueda oponerse a la tesis que propicia y defiende el señor Encina. Fuera de que siempre es ominoso exponerse a que se diga: repudia la libertad, luego busca la esclavitud.

Algunas otras objeciones pudieran hacerse a este meritorio trabajo; pero como esta crítica se ha alargado sobremanera, las reservaremos para mejor oportunidad. Por el momento, resta decir algunas palabras del aspecto literario de la obra.



d) El propio señor Encina describe el modo cómo escribió su libro. Redactado fragmentariamente, en forma de notas trazadas al azar de las lecturas y cavilaciones de largos años, agrupadas en seguida para otros fines, un buen día, a impulsos y en fuerza de circunstancias exteriores, dichas notas se organizaron y cristalizaron paulatinamente alrededor del nombre de Portales, asumieron carácter de biografía suya y como a tal se resolvió por último constituirla en piedra angular de una historia de Chile.

Pudo temerse que esta inorgánica, desorientada composición hubiera restado unidad histórica y artística a la redacción definitiva del libro. Por suerte no fué así: éste no se resiente, si no es en mínimo grado, de tan caprichosa y accidentada gestación. Ya indiqué el plan de la obra, tan lógico, tan estrictamente eslabonado; él se desenvuelve como una gran tragedia clásica, con su prólogo, intriga, episodios y dramático desenlace. Es la

vigorosa personalidad del protagonista lo que imprime unidad a su biografía. Como arquitectura general la obra no deja, pues, mucho que desear; quizás los capítulos XIII y siguientes hubieran requerido algo de más rigurosa coherencia porque algunas materias aparecen vaciadas en el texto sin desarrollo y en cierta confusión.

El autor, que piensa vigorosamente, escribe como piensa. De ordinario castiza y correcta (1), su frase adquiere por momentos fuerza y brevedad magistrales; en ocasiones alcanza a una sobria elocuencia, como al referir los últimos instantes de Portales, bien que en este último caso algo entibie el efecto dramático la intromisión en el relato de comentarios y citas que debieron quedar confinados al pie de la página. A pesar de sus relevantes méritos, el estilo del señor Encina resulta algo difícil; su construcción es algo compleja, quizás demasiado densa; estas frases carecen de aire y dejan a veces la impresión de estar traducidas del alemán.

El vocabulario muy extenso y en que abundan los términos técnicos, permite al autor expresar con precisión las más sutiles ideas, pintar los más leves matices de sentimientos y caracteres. En la gravedad habitual de esta prosa, unas cuantas imágenes, oportunas y gráficas, dan realce al concepto y distienden el ánimo del esfuerzo y contracción que le impone este lenguaje constantemente severo y dogmático. Nos viene entonces al recuerdo lo que el escoliasta decía de un gran historiador antiguo: «aquí el león ha sonreído».

Para terminar este largo estudio con una impresión de serenidad y arte, voy a transcribir dos o tres de esas figuras, que revelan la convivencia en el señor Encina de un agudo pensador y de un hombre de gusto. Escribe él, (p. 231, tomo II): «Los genios políticos no luchan contra los sentimientos. Se embarcan

(1) No faltan, empero, algunas locuciones y giros incorrectos, concordancias inexactas, cacofonías y repeticiones desagradables.

en ellos y los gobiernan. Su misión es abrirles cauce y desviarlos en un sentido útil al devenir histórico: no atravesarse en el torrente desbordado para ser arrastrados por él». En otra página (tomo II, p. 241) leemos: «Mas ¿cuál es el origen inconsciente de esta institución? ¿Es, como se ha insinuado, una reminiscencia del concepto cesariano, en que se transformó la primitiva idea romana del estado? No es probable. Mas, si así fuera, sería un cesarismo impersonal austero y seco, colocado en la infancia de un pueblo, como rodrión para guiar su desarrollo, y no en la senectud para sostener el desmoronamiento y la disolución final » (1).

Se detienen, por último, nuestros ojos en estas líneas elocuentes, epigráficas: (p. 264) «El estadista de carne y hueso podía entrar en el más allá. Su espíritu se había incrustado en la conciencia nacional y su alma reencarnada quedaba esperando alerta el momento en que fuera necesario empuñar de nuevo el timón. Una tradición se había fundado». Palabras dignas de grabarse en el bronce eterno desde el cual, con actitud y gesto de imperio, Portales parece presidir y orientar todavía la marcha de la república.

(LEO PAR).

Julio 30 de 1934.

(1) En el tomo II, p. 350 brilla una magnífica imagen, de alta *poesía descriptiva*: su amplitud nos impide reproducirla aquí.